

DALMACIO NEGRO

LA TRADICIÓN DE LA LIBERTAD



La libertad no nace del poder, sino del juicio de los hombres.
Pensar por uno mismo es la primera forma de resistencia.

**HISTORIA MORAL Y POLÍTICA
DE LA LIBERTAD**

SEKOTIA

La tradición de la libertad

DALMACIO NEGRO PAVÓN

*La tradición
de la libertad*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© ALBERTO ESTEBAN MUÑOZ, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: noviembre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: MIGUEL ANDREU

info@almuzaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

IMPRIME: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-46-9

Depósito legal: CO-1966-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

PRESENTACIÓN DEL
CENTRO DIEGO DE COVARRUBIAS
LIBERALISMO Y CRISTIANISMO

En la historia de la humanidad, la lucha por la libertad, fundamento de la dignidad humana, ha sido ardua y constante, en un proceso de lentos avances sujetos a ataques desde distintos ámbitos de la sociedad, tanto políticos como religiosos.

La libertad económica, que dio los primeros pasos con los escolásticos españoles de los siglos XVI y XVII, que se plasma en la libre empresa y en el libre mercado, ha sufrido múltiples avatares hasta que, con la Revolución industrial, pudo empezar a demostrar sus grandes beneficios: crecimiento económico, prosperidad, disminución de la pobreza y del hambre y avance del bienestar material de la Humanidad. Sin embargo, tales éxitos han sido constantemente denostados desde distintas perspectivas, debido a ese pecado capital que es la envidia.

En concreto, las ideas sociales derivadas tanto del colectivismo como del socialismo en sus múltiples facetas, han puesto constantes impedimentos a los avances de las libertades, incluyendo la económica. A estos ataques se han sumado algunas ideas provenientes de sectores religiosos anclados en una

economía de suma cero, propia de épocas pasadas. En la actualidad, estos factores amenazan la libertad de las personas, de la sociedad y de la economía de libre mercado, modelo de progreso que está puesto en cuestión en amplias capas de nuestra sociedad, a pesar de los evidentes beneficios que ha generado históricamente y que continúa generando.

El Centro Diego de Covarrubias, desde su nacimiento en 2010, a través de la organización de multitud de actividades, y en especial con la edición de libros y cuadernos, pretende aportar conocimiento, ideas y argumentos a esa batalla que se está librando en la que defendemos una sociedad basada en el concepto indivisible de la libertad de la persona que creemos fundamentada en tres pilares:

1. Un sistema económico de libre mercado y libre empresa, que se deriva de la existencia de derechos de propiedad bien definidos y debidamente protegidos por la Ley, en la que la economía de mercado constituye la forma más eficaz, eficiente y moral de combatir la pobreza y crear riqueza, empleo y bienestar.

2. Un sistema político democrático basado en la separación real de poderes, la igualdad ante la Ley y el respeto de los derechos constitucionales de las minorías. A ello se suman la garantía del derecho a la vida, (incluida la del concebido y aún no nacido), a la propiedad y a las libertades personales (de expresión, educación, religión, desplazamiento, residencia, etc.) que derivan del Derecho Natural.

3. Un sistema moral y cultural pluralista basado en los principios éticos y culturales de la civilización judeocristiana y greco-romana. Estos principios definen el sistema de valores que actúa como marco en el que se desenvuelven los otros dos pilares.

En el Centro Diego de Covarrubias tenemos pues como objetivo defender e impulsar el desarrollo de una sociedad formada por personas libres, en una economía de libre mercado, en el

marco de los principios morales, éticos y culturales del cristianismo, ya que consideramos el cumplimiento del mismo como el mejor medio para crear riqueza, reducir la pobreza y elevar el bienestar social, moral y económico de toda la sociedad.

Centro Diego de Covarrubias

www.centrocovarrubias.org

PRÓLOGO

Hablar de Don Dalmacio Negro Pavón es evocar una inteligencia que se hizo vida. Fue uno de los grandes pensadores españoles contemporáneos y, a la vez, un maestro en el sentido más alto de la palabra. Su conversación, lúcida y serena, unía el rigor intelectual con una humanidad que invitaba a pensar. En torno a él se formaron generaciones de alumnos y amigos que aprendieron más que ideas, una actitud: mirar la realidad sin miedo y con sentido.

En sus libros, artículos y conferencias formuló con una claridad singular la distinción entre gobierno y Estado, una de las claves de su pensamiento político, y analizó cómo la forma estatal moderna ha desplazado a las instituciones prepolíticas que hacían posible la libertad. Estudió la influencia del cristianismo en la configuración de Europa y desmontó, con lucidez ejemplar, el mito moderno del hombre nuevo. Su reflexión abarcó los grandes temas de la filosofía política —la legitimidad, la soberanía, la tradición, el poder, la ley, el juicio y la historia—, siempre desde una mirada que unía el rigor conceptual con el sentido histórico.

La tradición de la libertad fue su último libro. Lo escribió como agradecimiento al premio de honor a la libertad que le otorgó el Centro Diego de Covarrubias en 2017 y como esclarecimiento de lo que entendía por verdadero liberalismo, no una ideología sino una tradición histórica nacida como límite del poder y defensa del juicio. En pocas páginas condensa la experiencia europea de la libertad en sus fundamentos, en aquello sobre lo que se asienta, en las condiciones que la hicieron posible y en las causas de su actual disolución. No es un

tratado ni una teoría, sino una reflexión viva sobre el destino de la libertad. Fue un libro escrito con rapidez, con la urgencia de quien tiene algo esencial que decir, y por eso yo le insistía en que debía reescribirlo con calma, para hacerlo accesible a un público culto, pero no necesariamente experto. Siempre me pareció —y me sigue pareciendo— un libro excepcional.

Don Dalmacio escribía como pensaba, y pensaba siempre encarnando las ideas en la historia. Se movía en la tradición del realismo político clásico, pero escribía con la precisión de un jurista filosófico: usaba el lenguaje del derecho para expresar verdades nacidas de la experiencia, no impuestas por la norma. Esa fidelidad a lo real, unida a su lucidez, su ironía y su serenidad, hacía de él una persona verdaderamente alegre, llena de vida y de inteligencia.

Fue un realista que, incluso en su severidad, conservaba una forma profunda de esperanza: la de quien confía en que el bien, aunque frágil, nunca desaparece del todo. Su confianza en la razón humana no era la del progreso, sino la del juicio; no creía que la historia avanzara necesariamente hacia el bien, pero sí que el hombre podía seguir reconociéndolo, incluso entre ruinas.

El seminario fue la expresión más viva de su magisterio. Nacido en su día bajo el nombre del seminario de su maestro Díaz del Corral, se impartió durante décadas en el CEU y se convirtió en un espacio de referencia para varias generaciones de discípulos. Hoy continúa activo —ya como Seminario Don Dalmacio Negro Pavón— y, desde la pandemia, sigue celebrándose en línea, manteniendo el mismo espíritu de libertad intelectual, humor y rigor que él supo infundir. Todos los que hemos pasado por él seguimos sintiéndonos parte de esa familia dalmaciana, herederos de un magisterio que continúa inspirando nuevas generaciones.

Esta reedición de *La tradición de la libertad* nace de ese espíritu y de esa amistad. Hasta dos semanas antes de su muerte,

el 23 de diciembre de 2024, seguí hablando con él en el seminario sobre la posibilidad de reeditar el libro, con la ilusión de hacerlo juntos. Él estaba de acuerdo, y hoy, en su memoria, el Centro Diego de Covarrubias ha querido cumplir ese deseo y rendirle homenaje publicando de nuevo su último libro, con el acompañamiento cercano y generoso de sus hijas, que han hecho posible esta edición.

El texto se mantiene exactamente como él lo escribió. Acompaña a esta edición una introducción extensa con índice propio, concebida para seguir el movimiento de la obra y situarla en su contexto de pensamiento. Su finalidad es ofrecer al lector una lectura acompañada fiel al espíritu de Don Dalmacio: mirar la realidad sin ilusiones y, sin embargo, con la confianza de que el juicio sigue siendo posible. Si en mis palabras se percibe alguna esperanza, es la que él mismo enseñó: una esperanza contemplativa, sin promesas ni proyectos, que no espera del poder ni del tiempo, sino de la verdad que permanece. En esta edición se incluyen igualmente breves resúmenes al inicio de los capítulos.

La tradición de la libertad se presenta, así, íntegra y fiel al original, tal como Don Dalmacio la concibió. Su pensamiento, lúcido y arraigado, fue siempre una defensa del juicio frente a la ideología, de la libertad frente a la manipulación y de la verdad frente al poder. Pero, por encima de todos sus títulos y obras, Don Dalmacio fue, ante todo, un verdadero maestro: enseñó a pensar sin prejuicios, a desconfiar de las ideas hechas y a mirar la realidad con realismo, prudencia y sentido histórico. Y lo hizo siempre con humor y con ternura, como quien sabe que el pensamiento, cuando es verdadero, también da alegría.

María Henar Sanz Gilsanz

INTRODUCCIÓN A
LA TRADICIÓN DE LA LIBERTAD
DE DON DALMACIO NEGRO PAVÓN
POR MARÍA HENAR SANZ GILSANZ

ÍNDICE DE LA INTRODUCCIÓN

Preámbulo	17
Don Dalmacio en esta obra.....	21
Claves de Lectura de <i>La tradición de la libertad</i>	25
Fundamentos de la tradición de la libertad	29
Lo prepolítico.....	30
El juicio como condición de la libertad.....	31
Cristianismo y génesis de la tradición de la libertad	32
La clausura moderna.....	35
<i>Del orden cristiano al Artificio</i>	37
Soberanía: el gran cierre estructural	38
Ideologías: el cierre del sentido.....	39
Utopía: el cierre del futuro	41
Del liberalismo al Estado protector	45
Liberalismo y su deriva.....	45
La democracia moderna: de la apertura prometida al mito legitimador.....	48
El Estado protector: del bienestar al control.....	50
Hilos para discernir	55
La actitud realista	56
La libertad como actitud y resistencia al poder.....	57
La raíz humana de la política.....	59
Coda: custodiar el juicio, custodiar la libertad.....	63
Agradecimientos.....	65

PREÁMBULO

La libertad política colectiva constituye la garantía natural y normal de las libertades frente al poder (La tradición de la libertad, cap. V, §19.3)

No es un simple epígrafe, sino una clave que resume el sentido del libro. Solo la libertad política colectiva garantiza las demás libertades frente al poder. Con esa expresión, don Dalmacio no aludía a una libertad de grupo ni a un colectivismo, sino al autogobierno del cuerpo político: la libertad que una comunidad ejerce al darse sus propias leyes y limitar el poder que la gobierna. *La tradición de la libertad* encarna esta afirmación en la historia europea del pensamiento.

Esta introducción tiene un tono ensayístico y no añade tesis propias. Ofrece un mapa de lectura histórico-conceptual de *La tradición de la libertad*, orientado a mostrar su arquitectura —fundamentos, clausura moderna, hilos prácticos— y a preservar la voz viva de don Dalmacio, que aquí se deja oír con toda su hondura.

La tradición de la libertad fue su último gran libro. Breve y concentrado, condensa en pocas páginas su visión madura de la tradición europea de la libertad. Nació como gesto de

gratitud tras el premio de honor a la Libertad del Centro Diego de Covarrubias, y como intento de clarificar el verdadero liberalismo frente al falso. Mostrar que la tradición liberal no es ideología, sino fruto de herencias europeas formadas bajo la impronta cristiana, vividas históricamente, no construidas doctrinalmente.

El tema central es la libertad política, en el sentido clásico que recupera don Dalmacio, que no es independencia individual, sino autolimitación institucional del poder. Es la decisiva, porque da realidad a todas las demás. No basta un catálogo de derechos si no existen instituciones vivas que permitan discernir lo justo y frenar los excesos del poder. Sin ese equilibrio, la libertad se vuelve palabra vacía, sin arraigo real.

Europa conoció esa posibilidad a través de un tejido histórico singular. De Grecia heredó el juicio prudencial; de Roma, el derecho arraigado en razón y costumbre; de la Biblia, la dignidad del hombre creado a imagen de Dios; y de los pueblos germánicos, el autogobierno de sus comunidades. El cristianismo integró estas herencias en la vida histórica y unificó sabiduría griega, derecho romano, experiencia bíblica y costumbres germánicas en la idea de persona, cada hombre, único e irrepetible, responsable ante Dios y miembro de una comunidad de semejantes.

Esa síntesis es el humus del que brotó la tradición europea de la libertad.

De esa doble orientación —interioridad y vida común— nace un juicio que no es mera conciencia individual ni simple norma externa. Es prudencia que recoge la tradición, medida que modera la ley, memoria que aprende de la experiencia; es también responsabilidad que reconoce la igual dignidad de todos. Con él, persona e instituciones se articulan y el poder encuentra límite moral. Así se hace posible una libertad política no fundada en la fuerza ni en la utilidad, sino en el respeto recíproco sostenido por instituciones vivas.

La modernidad introdujo un giro que fue erosionando este humus de juicio y libertad. La invención de la soberanía, las ideologías con sus relatos cerrados y las utopías con sus promesas redentoras fueron clausurando el sistema y debilitando la libertad política. La democracia, nacida como autogobierno, ha quedado subordinada a élites y partidos hasta reducirse a un ritual de participación democrática. Ese proceso histórico ha desembocado en una forma moderna de poder que mantiene las apariencias de autogobierno mientras concentra la decisión en minorías organizadas.

Cuando la libertad política se pierde, las demás libertades quedan en manos del poder y se convierten en concesiones revocables, dependientes de la ideología de turno. Esa inestabilidad termina afectando a todos, y con instituciones capturadas por oligarquías resulta ilusorio hablar de neutralidad.

Reeditar *La tradición de la libertad* es una oportunidad para recobrar claridad en medio de la confusión actual. La libertad no nace de decretos ni de utopías, sino del juicio, de la tradición y de instituciones que la contienen. Es también reconocer lo que se ha perdido y recobrar los fundamentos que aún permiten pensar y vivir políticamente. No es un libro sobre lo perdido, sino sobre lo que aún conserva vida, aunque apenas respire. Su lectura no promete renacimiento, sino reconocimiento, ver con claridad lo que fue y lo que todavía sostiene al hombre libre.

Comprender su pensamiento exige primero escuchar su voz.

DON DALMACIO EN ESTA OBRA

El liberal confía en la condición humana, en la que, con todo, como enseña el realismo, acaba predominando el altruismo sobre el egoísmo. La historia es por eso progresiva, pues el bien acaba prevaleciendo sobre el mal
(*La tradición de la libertad, Cap I, §3*)

El estilo de don Dalmacio es singular y exigente. Avanza de forma asociativa, enlazando filosofía, historia y teología en un mismo movimiento unitario de comprensión. Su escritura, densa y de precisión casi escolástica, refleja que no piensa como un sistemático, sino como un clásico. Su pensamiento es orgánico, crece desde la experiencia y el diálogo constante con los grandes autores que han meditado sobre la libertad y el poder. En *La tradición de la libertad* conversa con santo Tomás, Suárez, Pascal, Ortega, Oakeshott, Voegelin, Carl Schmitt o René Girard, entre otros. No los cita para construir un sistema, sino para contrastar intuiciones con la experiencia europea. Cada fragmento remite a ese fondo de pensamiento que él reactiva desde la historia concreta. Su método no era deductivo ni doctrinal, sino histórico-analógico: enlazaba hechos y conceptos como quien reconstruye la forma de una realidad viva. De ahí su estilo condensado, más cercano al juicio que al razonamiento.

En ese modo de escribir reaparecen las tradiciones griega, romana, cristiana, hispánica y europea, condensadas en conceptos y expresiones reelaboradas. Usa palabras como *cliopolítica*, neutralización o política farmacológica y les da un sentido nuevo al integrarlas en su visión histórica. El resultado es una obra viva, un pensamiento encarnado en la Historia y reacio a fórmulas simplistas. Su estilo obliga al lector a pensar con él, no a distancia de él.

Don Dalmacio se definía como realista y liberal. Ser realista no significa conservar lo heredado ni reducir la política a la utilidad, sino mirarla tal como es, desde la condición humana y la historia concreta, sin consuelos ideológicos. Es reconocer que el hombre es falible, que el mal acompaña siempre a la historia como privación del bien, aunque este, aun frágil, resulte más fecundo y acabe prevaleciendo.

De ese realismo nacía su ser liberal. Si el hombre es ambiguo y la historia contingente, ningún poder puede quedar sin freno. Limitarlo, preservar la libertad y sostener espacios de autogobierno eran consecuencias naturales de esa visión. Por eso unía ambos términos y se definía como «realista liberal», convencido de que solo desde esa lucidez la libertad política resulta posible.

En *La tradición de la libertad* el punto de partida es claro: «el hombre es un ser histórico». No hay naturaleza humana abstracta, separada de pueblos, tradiciones e instituciones. La política no puede reducirse a fórmulas universales ni a técnicas neutras, porque se da siempre en hombres concretos y en circunstancias determinadas. De ahí su crítica a quienes quisieron encerrar la política en moldes científicos o ideológicos, despojándola de su raíz histórica.

El juicio, facultad práctica para discernir en lo concreto, une conciencia moral y experiencia histórica y es la capacidad de deliberar aquí y ahora a la luz de lo verdadero. Es la expresión de la conciencia que orienta la acción. La libertad aparece

entonces en clave histórica, no como concesión del poder, sino como experiencia acumulada en la que los pueblos supieron contener la arbitrariedad mediante instituciones, costumbres y decisiones colectivas —esa es la lección constante de Europa.

La lectura del libro da cuenta de la amplitud de sus saberes. Don Dalmacio dominaba la historia del pensamiento occidental y situaba a cada autor en su lugar preciso. Esa erudición no es exhibición, sino trasfondo vivo que sostiene la densidad de su escritura y la libertad de su pensamiento.

CLAVES DE LECTURA DE *LA TRADICIÓN DE LA LIBERTAD*

La historia vivida, la historia en la Historia, es revuelta y confusa; exagerando, es una especie de galimatías, resultado de la disparidad de las acciones libre
(*La tradición de la libertad, cap. 3, §8*)

Don Dalmacio escribe encarnando el pensamiento en la historia. Sus ideas no se ofrecen como tesis separadas de la vida, sino que brotan del proceso histórico mismo, donde poder, juicio y libertad se entrelazan. Esa forma de pensar le confiere densidad y hondura a su obra y explica también su modo de escribir, la falta de estructura aparente, es consecuencia directa de su modo de pensar, que rehúye el sistema para dejar hablar a la realidad. Por eso su lectura exige atención y discernimiento, porque la historia, al no ser un proceso lógico sino un entramado de mediaciones requiere interpretación y juicio.

Esta introducción no pretende simplificarlo, sino acompañar al lector para reconocer el hilo que une las partes del libro y la experiencia viva de la libertad que en él se encarna. Acompañar su lectura es dejarse guiar por su movimiento interno sin forzarlo. Su pensamiento avanza con la libertad del juicio histórico; mi lectura, más estructurada —quizá no

sabría hacerlo de otra forma—, intenta seguir ese movimiento y darle continuidad, sin perder la vida que lo anima. Propone dos claves que, sin añadirse al pensamiento de don Dalmacio, lo iluminan desde dentro: el juicio y la lógica de los sistemas complejos. Ambas expresan su misma actitud, mirar la política desde la realidad viva y no desde teorías o ideologías.

El juicio es la facultad práctica que permite discernir en lo concreto. Une conciencia moral y experiencia histórica y representa uno de los nervios centrales del pensamiento político europeo: la capacidad de deliberar aquí y ahora a la luz de lo verdadero y lo justo. En don Dalmacio, el juicio no es técnica ni cálculo, sino prudencia ejercida en la incertidumbre, fidelidad a lo justo y corrección de los excesos del poder. Mantiene abierta la política porque toda acción humana necesita una medida interior y una referencia a la verdad. Allí donde el juicio se extingue, la política degenera en ideología y la libertad se convierte en consigna.

La segunda clave, la noción de sistema complejo, ayuda a comprender la estructura viva de la política. No es un modelo científico, sino una analogía que muestra cómo en toda comunidad intervienen múltiples mediaciones —personas, tradiciones, instituciones, lenguajes y creencias— que se corrigen y equilibran entre sí. Cuando ese sistema permanece abierto al juicio, respira; cuando una ideología o una soberanía absoluta pretenden cerrarlo, se asfixia. Don Dalmacio llamó *cliopolítica* a ese modo de leer la Historia —seguir el curso de las ideas y las instituciones en su complejidad concreta— una *cliopolítica* entendida como inteligencia histórica del poder.

En este sentido, la política puede comprenderse como un sistema complejo en el sentido más pleno del término: un entramado vivo de mediaciones que se equilibran y corrigen mutuamente sin perder su continuidad histórica. Instituciones, costumbres, lenguaje, derecho y creencias actúan como órganos de retroalimentación que introducen prudencia en la acción y

memoria en la decisión. La estabilidad no depende de la rigidez del diseño, sino de la capacidad del conjunto para adaptarse sin traicionarse, conservar su identidad modificando sus formas. Don Dalmacio intuía esta lógica cuando decía que la política solo respira mientras el juicio pueda corregir sus desviaciones. Esa respiración del sistema —su apertura al juicio— es lo que distingue la política viva de la ideológica: la primera se mantiene abierta a la corrección y al límite; la segunda, cerrada sobre su propio dogma, se asfixia moralmente.

Esa inteligencia exige, a su vez, una inteligencia del lenguaje, porque el poder no actúa solo mediante instituciones o decisiones, sino también a través de las palabras con que se nombra y se justifica. Entender el lenguaje político —discernir si revela o vela la realidad— es parte esencial del juicio.

Estas dos claves no sustituyen el pensamiento de Don Dalmacio, solo buscan hacerlo más accesible. El juicio muestra su raíz moral, y la lógica de los sistemas complejos su apertura estructural. Juntas permiten comprender cómo la tradición de la libertad se ha ido encarnando en Europa a lo largo de la historia, en la tensión constante entre poder y límite, entre razón y juicio, entre libertad viva y sus deformaciones ideológicas.

FUNDAMENTOS DE *LA TRADICIÓN DE LA LIBERTAD*

Los fundamentos de la tradición europea de la libertad se sostienen en tres realidades entrelazadas: lo prepolítico, el juicio y el cristianismo.

Don Dalmacio no distingue estos planos como niveles separados, porque en su pensamiento la realidad política es una unidad viva donde la religión, la moral, la costumbre y el juicio se entrelazan. Aquí se los separa solo para hacer visible lo que en su obra aparece encarnado: la libertad como forma histórica de vida.

Lo prepolítico es el suelo vital donde la vida común se sostiene antes de toda organización del poder. En ese humus se forma el juicio, la capacidad de discernir lo justo en lo concreto. El cristianismo dio al juicio una raíz más honda al convertirlo en conciencia y afirmar la dignidad de cada persona frente a la absolutización del poder.

El orden en que aparecen sigue su propia lógica; primero el suelo que sostiene, luego el discernimiento que orienta, y por último la raíz trascendente que le da sentido. Forman un entramado histórico y vivo, condición de la libertad política en Europa.

LO PREPOLÍTICO

El orden social menos el orden político es lo prepolítico (La tradición de la libertad, cap. III, §9. 2)

Con esta frase, don Dalmacio condensa la distinción entre lo que surge de la vida común y lo que es producto de organización y poder. No se trata de una etapa anterior, sino de una dimensión permanente de la vida común, siempre anterior y superior al poder político

En este punto se percibe el origen mismo de su pensamiento. A veces emplea ethos y lo prepolítico como términos casi equivalentes, para designar el ámbito de la vida moral y social que no procede del Estado. Pero el contexto muestra que el ethos alude al espíritu interior de las costumbres, mientras lo prepolítico nombra su existencia histórica y práctica. El ethos alimenta lo prepolítico desde dentro: sin ethos no hay vida pre política propiamente humana, aunque el ethos pueda subsistir aun cuando esa vida haya sido absorbida por el poder.

«Lo prepolítico» no es estrictamente civil ni estrictamente social, sino el humus vital de la libertad política. Emerge de lo social, pero no se confunde con él, porque es anterior a la autoridad y da suelo a la política. Designa los vínculos que no fabrica el poder, sino la vida misma: la confianza, la costumbre, la educación, la amistad cívica y la memoria compartida. Lo singular de Europa fue haber contado con un pre político fuerte y autónomo: municipios con autogobierno, derecho consuetudinario no creado por el principio, cofradías, corporaciones y asociaciones libres. Ese tejido limitó el mando organizado y permitió que la libertad naciera de la experiencia histórica, no de un diseño teórico.

En ese espacio se forma el juicio, una prudencia que brota de la costumbre, la memoria y la vida compartida, y que, al mismo

tiempo, se interioriza como conciencia moral. Allí el discernimiento práctico y la medida interior se alimentan mutuamente: la prudencia corrige, la conciencia orienta. Sin ese entrelazamiento —sin ese juicio doble, prudencial y moral— la libertad política carece de raíz viva.

El poder nace de la propia vida social, de esa vida que no puede crear, pero tiende a separarse de ella y a dominarla. Lo prepolítico emerge de ese mismo ámbito social y es la forma madura en que la vida común aprende a limitar el poder. De esa tensión nace la política misma, porque toda autoridad necesita apoyarse en un fundamento que no puede crear.

En esa continuidad silenciosa se resguarda lo más frágil de Europa: la posibilidad de seguir siendo libre. Preservar lo prepolítico es decisivo. Si ese tejido humano permanece vivo, el juicio podrá ejercerse y la libertad política seguirá teniendo sentido.

EL JUICIO COMO CONDICIÓN DE LA LIBERTAD

La destrucción de la conciencia es el verdadero presupuesto de una sujeción y de un dominio totalitario (La tradición de la libertad, cap. V, §19. 3)

Don Dalmacio une el juicio a la conciencia. Para él, la libertad política solo existe allí donde la conciencia puede ejercerse como juicio práctico, discernimiento de lo justo en cada situación concreta. Por eso, cuando la conciencia se degrada o se silencia, se anula también el juicio y con él se apaga la libertad.

El juicio es el núcleo de la tradición de la libertad y la condición de la política. No es técnica ni cálculo abstracto, sino capacidad de discernir lo que conviene al bien común en cada situación concreta. La política se sostiene en el juicio porque

siempre se realiza en lo particular, un hecho, un conflicto o una responsabilidad que requiere prudencia.

El juicio se cultiva en el humus prepolítico, en los ámbitos donde la vida común enseña a discernir y corregir. Se aprende en la familia, donde se distingue y corrige; en la tradición, que transmite criterios; en la religión viva, que da medida del bien y del mal; en la educación, que ejercita la deliberación; y en la vida cívica, donde se comparten decisiones y responsabilidades.

Por eso el juicio no nace de la teoría, sino de la experiencia moral acumulada. Une prudencia y conciencia, porque es saber práctico que discierne aquí y ahora, y al mismo tiempo fidelidad interior a lo justo.

Históricamente ha tenido muchos nombres. En Grecia fue *phronesis*, prudencia en la incertidumbre; en Roma, *iudicium*, decir lo justo; en el cristianismo se interiorizó como conciencia, haciéndolo responsabilidad personal ante la verdad.

Como recuerda don Dalmacio: «el juicio como prudencia deviene conciencia, discernimiento moral personal que funda responsabilidad y límite al poder». En la modernidad, Kant lo situó en el centro de su filosofía como facultad mediadora, pero al mismo tiempo el racionalismo ilustrado terminó absolutizando sistemas abstractos que sofocaron el mismo juicio que había proclamado esencial.

Donde el juicio se conserva, la política permanece abierta; donde se pierde, la política se vacía y la libertad se desvanece.

CRISTIANISMO Y GÉNESIS DE LA TRADICIÓN DE LA LIBERTAD

La fe cristiana ha destruido el mito del Estado divinizado, el mito del Estado paraíso y de la sociedad sin dominación ni poder. En su lugar ha implantado

el realismo de la razón (J. Ratzinger, citado por D. Negro en La tradición de la libertad, cap. XI, §44.2)

Don Dalmacio muestra que el cristianismo, *hecho histórico desmitificador*, abrió la posibilidad política real en Europa. Al revelar a un Dios personal distinto del mundo, separó lo divino de lo político y liberó a la política de su sacralidad. De ahí la antropología de la conciencia por el hombre responsable ante la verdad y no ante el poder, y los límites jurídicos al poder. Por eso la *auctoritas* eclesial pudo actuar como contrapeso moral frente a la *potestas* auto sacralizada.

La Encarnación es la novedad radical: hace de la verdad historia, afirma la dignidad de cada hombre y niega la absolutización del poder. De ese modo, el juicio encuentra en la trascendencia una medida objetiva y la política un límite que la orienta.

El cristianismo introdujo también una visión realista del hombre. Al reconocer el pecado original, recordó que el mal acompaña a la Historia y que ninguna organización humana puede eliminarlo del todo. Este reconocimiento funda el límite y la necesidad del juicio. Si el hombre es falible, el poder también lo es; por eso debe ser contenido, vigilado y corregido. La política, en esta visión cristiana, no es redentora, sino prudencial, ordena el mundo sin pretender salvarlo.

El cristianismo integró las herencias de la Biblia, Grecia, Roma y los pueblos germánicos, unificándolas en una experiencia donde la dignidad y el límite al poder pudieron caminar juntas. De esa confluencia nació Europa como una historia donde la libertad se ancló en la trascendencia.

Desde aquí se perfila la distinción entre Dios y el César, y la conciencia se afirma como instancia última de responsabilidad. Don Dalmacio subraya que la *auctoritas* señala el orden que trasciende y la *potestas* administra lo temporal. Esa tensión configuró la vida política europea como equilibrio, sin

poder absoluto ni sometimiento ciego, sino ejercicio de juicio compartido.

Desde León XIII hasta Benedicto XVI, la doctrina social de la Iglesia ha recordado que el juicio se sostiene mejor cuando reconoce un horizonte que lo trasciende. Cada uno, en su tiempo, defendió la libertad política frente a las pretensiones totalitarias y el relativismo moral.

Esa herencia cultural, activa o latente, sigue configurando el horizonte moral de Europa. Desde esa herencia, el hombre se reconoce como ser histórico, llamado a vivir en libertad y responsabilidad. La trascendencia no interrumpe la historia, la hace posible, porque da medida al tiempo humano y al juicio que en él se ejerce.

Desde ese horizonte, la libertad no depende del poder ni de las circunstancias, sino de la capacidad de discernir lo justo ante la verdad. Lo trascendente sostiene el juicio porque está fuera del poder y lo mide sin pertenecerle. Así, la política conserva su apertura y la historia su sentido, porque el hombre, ser histórico y libre, no se agota en lo que puede dominar.

En conjunto, estos tres fundamentos revelan aquello que el poder siempre tiende a erosionar. Lo prepolítico, el juicio y la trascendencia cristiana limitan su pretensión de autosuficiencia y recuerdan que la libertad solo se mantiene donde el poder encuentra límites morales y sociales. Como muestra don Dalmacio, toda forma de dominio acaba intentando someter esos ámbitos, neutralizarlos o vaciarlos de sentido, porque en ellos se custodia la raíz misma de la libertad política, que solo puede entenderse desde la historicidad del hombre y de los pueblos que la han custodiado.

Cuando se debilitó la tensión entre *auctoritas* y *potestas*, el poder buscó su legitimación en sí mismo. Este momento marca el inicio de lo que don Dalmacio llamará la clausura moderna del horizonte europeo.

LA CLAUSURA MODERNA DEL HORIZONTE EUROPEO

Don Dalmacio concibe la política como una realidad viva, en la que pueden distinguirse tres dimensiones inseparables: la *cratológica*, referida al poder y su ejercicio (*kratos*); la farmacológica, que muestra su carácter ambiguo, capaz de sanar o envenenar según el uso que se haga del poder; y la utópica, que aparece cuando la política, olvidando su límite, pretende redimir al hombre.

Desde esa triple mirada —del poder, del remedio y del extravió— puede leerse la historia moderna como un proceso de clausura del horizonte europeo, donde la libertad se degrada en poder, el poder en cura, y la cura en redención secular. Miedo al desorden y confianza en la razón se unieron entonces para modelar el Estado moderno.

Don Dalmacio muestra que la modernidad puede entenderse como un largo proceso de pérdida de horizonte político.

Primero se fue cerrando el horizonte del sentido. Europa, aún cristiana, empezó a confiar más en el artificio racional de Estado que en el orden heredado y sustituyó el orden heredado por la soberanía, las ideologías y las utopías. La política, que había sido prudencia y medida, se convierte en construcción abstracta.

Después llega la clausura de lo político, cuando el poder, ya secularizado, penetra el ámbito de la libertad, hasta convertir el juicio en gestión y la deliberación en consenso.

En la primera se pierde la medida trascendente; en la segunda, la posibilidad práctica del juicio.

Lo que comienza como cierre espiritual termina siendo cierre político.

DEL ORDEN CRISTIANO AL ARTIFICIO

La modernidad nació de una doble fractura, la crisis espiritual tras las guerras de religión y la nueva visión científica del mundo.

Rota la unidad cristiana, Europa buscó un principio de orden que sustituyera el vínculo común de la fe. Al mismo tiempo, la ciencia mecanicista transformó la mirada sobre la realidad. La naturaleza dejó de verse como un orden vivo y pasó a concebirse como estructura de causas y efectos. Esa nueva visión se trasladó también a la política. Si el mundo podía ser explicado y dominado por leyes, el poder parecía susceptible de organizarse racionalmente, como una máquina capaz de asegurar la paz y el control.

Se unieron entonces dos impulsos —miedo al desorden y confianza en la razón— que modelaron el Estado moderno. La política pasó a entenderse como arte de construcción y no como práctica de juicio.

El equilibrio entre *auctoritas* y *potestas* se quebró, y la razón instrumental sustituyó la prudencia por el diseño. En ese contexto nacieron la soberanía, la ideología y las utopías, intentos de fundar un nuevo orden sin trascendencia, a costa de cerrar el horizonte europeo.

Don Dalmacio llama «Artificio moderno» a una mentalidad: la pretensión de fabricar el orden como si fuera una

máquina, sustituyendo el juicio y la experiencia por diseño y procedimiento.

SOBERANÍA: EL GRAN CIERRE ESTRUCTURAL

El resultado final de la acción de la soberanía político-jurídica del Estado, una máquina revolucionaria de suyo en tanto artificial es el Estado totalitario (La tradición de la libertad, cap. V, §19.3)

La idea de soberanía nació en la Europa moderna como intento de restablecer el orden tras el desgarro de las guerras religiosas. Reunir bajo una autoridad común lo disperso parecía la única forma de asegurar la paz, pero al hacerlo transformó la naturaleza misma de la política. El poder se concentró en una sola fuente, proclamándose fuente única de legitimidad, como mostrará Hobbes al describir el Estado soberano como cuerpo artificial que somete a su lógica los vínculos que antes se tejían libremente.

Don Dalmacio muestra que el Estado moderno imitó las estructuras de la Iglesia, adoptando su jerarquía, su administración y su lenguaje universal, pero despojada de su referencia trascendente y redujo la *auctoritas* moral a *potestas* de mando. El poder, vuelto autosuficiente, dejó de entenderse como servicio al bien común y se transformó en dominio legitimado por sí mismo. En esa inversión, el juicio —la prudencia que mide y limita— fue sustituida por la obediencia.

El pensamiento de Hobbes expresó con nitidez este cambio. En el Leviatán describió al Estado como cuerpo artificial que debía absorber toda autoridad para impedir la guerra. Como señala don Dalmacio, en Hobbes el soberano aparece como *Deus mortales*, un dios mortal armado por los hombres. Esa articulación del poder —la construcción artificial del

cuerpo político— marca el cierre estructural de la modernidad. La teología política se transforma en *cratología*, la *auctoritas* moral se disuelve en *potestas* de mando, y el Estado, nacido para contener la violencia, acaba absorbiendo toda trascendencia. Desde entonces, la política quedará ligada al Artificio. El poder ya no se mide por su legitimidad, sino por la capacidad de producir orden.

La soberanía fue el primer gran cierre del mundo moderno. Nació para garantizar el orden, pero al absolutizar el poder sofocó el juicio y transformó el sentido de la libertad, desligándola de las instituciones vivas y de la deliberación común. La política solo se mantiene viva cuando el juicio de muchos — donde la prudencia se hace conciencia — introduce medida y límite al mando.

Cuando la soberanía había sellado el orden desde fuera, concentrando el poder y cerrando la estructura del sistema, faltaba todavía cerrarlo desde dentro, dotándolo de una justificación que devolviera sentido a lo que había perdido su fundamento. De esa necesidad nacerían las ideologías, llamadas a dar al Artificio un alma y al poder una fe.

IDEOLOGÍAS: EL CIERRE DEL SENTIDO

Las formas concretas de religiosidad que suscita la gran herejía son las ideologías, gnosticismos del resentimiento que proscriben la religión y la política auténticas, sustituyéndolas por sus particulares teologías, en realidad, ateologías, como religiones seculares (La tradición de la libertad, cap. II, §4)

Don Dalmacio muestra que, tras la concentración del poder soberano, el orden dejó de apoyarse en la verdad y en la tradición para depender de la decisión del Estado. Ese vacío de